



“Y vosotros quién decís que soy yo?”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiastés 3,1-11:

Todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol: tiempo de nacer, tiempo de morir; tiempo de plantar, tiempo de arrancar; tiempo de matar, tiempo de sanar; tiempo de derruir, tiempo de construir; tiempo de llorar, tiempo de reír; tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar; tiempo de arrojar piedras, tiempo de recoger piedras; tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse; tiempo de buscar, tiempo de perder; tiempo de guardar, tiempo de desechar; tiempo de rasgar, tiempo de coser; tiempo de callar, tiempo de hablar; tiempo de amar, tiempo de odiar; tiempo de guerra, tiempo de paz. ¿Qué saca el obrero de sus fatigas? Observé todas las tareas que Dios encomendó a los hombres para afligirlos: todo lo hizo hermoso en su sazón y dio al hombre el mundo para que pensara; pero el hombre no abarca las obras que hizo Dios desde el principio hasta el fin.

Salmo

Sal 143 R/. Bendito el Señor, mi Roca

Bendito el Señor, mi Roca,
mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio. R/.

Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él?; ¿qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?
El hombre es igual que un sopro;
sus días, una sombra que pasa. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,18-22

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.» Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro tomó la palabra y dijo: «El Mesías de Dios.» Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.»

Reflexión del Evangelio de hoy

El autor del Eclesiastés da hoy consejos de sabiduría, aparentemente mundana, que nos pueden venir muy bien a los seguidores de Jesús que somos, antes que nada, personas humanas. Hoy se nos habla de serenidad y de paz, actitudes que tendrían que acompañarnos siempre para llegar a ser más profundamente humanos, primero, y cristianos, después.

En el Evangelio, Jesús aparenta estar preocupado por su imagen, por lo que se piensa de él, por su identidad.

La opinión sobre Jesús

Sorprende la aparente curiosidad de Jesús. Todos conocían su libertad e independencia. Lo que se opinara sobre él no le condicionaba en absoluto. “Maestro -le dijeron los maestros de la Ley en cierta ocasión-, sabemos que hablas y enseñas con rectitud, que no juzgas por apariencias y enseñas con verdad el Reino de Dios” (Lc 20,21). Jesús sabía de sobra aquello sobre lo que preguntaba. Él iba preparando el terreno para llegar a otras metas. Por eso, cuando los discípulos, rehechos de la primera sorpresa de la pregunta, contestan con los términos elogiosos que sus contemporáneos aplicaban a Jesús, éste simula no hacer mucho caso. Le dicen que la gente cree que él es Elías, Juan Bautista, otro profeta, o sea, le hacen ver que la gente tiene muy buen concepto suyo. Pero, Jesús, ni inmutarse. Nada.

Imaginaos los libros escritos en estos más de veinte siglos sobre Jesús. Los Concilios reunidos para aquilatar las formulaciones más correctas sobre su identidad, las poesías escritas por los mejores poetas, los cuadros, los autos sacramentales... Si hoy se nos preguntara algo similar qué fácil sería echar mano de lo más selecto para dar la mejor contestación a su pregunta. La duda, sin embargo, es si haríamos cambiar a Jesús de actitud. Más bien, pienso que nos escucharía como escuchó a los discípulos, como si no le afectara, como si ya lo supiera o se lo imaginara.

“Y vosotros quién decís que soy yo?”

Aquí quería llegar Jesús. Esta es la pregunta fundamental y definitiva. Ante preguntas tan personales no vale echar balones fuera, hay que mojarse y tomar opción ante la persona de Jesús. Y Pedro, una vez más, sale en ayuda de sus compañeros, les presta el corazón y los labios -a ellos y a nosotros-, y contesta con lo que es el fundamento de su seguimiento, de su fe y de la fe de todos los seguidores y creyentes en Jesús. Jesús es el Mesías, o sea, el Hijo de Dios. No hizo falta más. Sabemos, por los lugares paralelos, cuánto gustó a Jesús su confesión, atribuyéndola a una revelación del Padre. “dichoso tú, Simón...”, y dichosos todos los que, aunque no se nos haya preguntado, contestamos lo mismo con nuestra vida y conducta. Dichosos cuando somos coherentes y no sólo lo decimos y confesamos, sino lo practicamos, lo aconsejamos y lo vivimos.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino